

# BOLETIN OFICIAL

DEL

## Obispado de Osma.

NOS EL DR. D. JOSÉ MARÍA GARCÍA ESCUDERO Y UBAGO,  
*por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica*  
*Obispo de Osma, Señor de las Villas del Burgo, Ucero y*  
*las dos Quintanas-Rubias, etc., etc.*

*Al venerable Deán y Cabildo de Nuestra Santa Iglesia Catedral,*  
*al venerable Abad y Cabildo Colegial de Soria, á los Arci-*  
*presbiteros, Párrocos y demás Clero, á las Comunidades*  
*religiosas y á todos los fieles del Obispado.*

**Salud y paz en Nuestro Señor Jesucristo.**

*Fiat voluntas tua, sicut in*  
*Coelo, et in terra.*

(MATTH. VI, 10.)

Hágase tu voluntad, como  
en el Cielo así también en la  
tierra.

**Venerables Hermanos y Amados Hijos.**

Pronto celebraremos con la Iglesia un gran misterio, una fiesta solemnísimas; el misterio del Nacimiento del Hijo de Dios, que á todos los buenos cristianos llena de aquel santo gozo que anunció el ángel á los pastores. Pero debemos procurar aprovecharnos de un

misterio tan consolador y corresponder á la gracia sobre toda gracia que con su venida nos dispensa Jesús, el divino Salvador.

¿Y para qué vino al mundo el Hijo de Dios? Para redimirnos y darnos ejemplo de vida. La redención fué copiosa, copiosísima; tan abundante y copiosa que por salvarnos derramó nuestro amantísimo Jesús hasta la última gota de su sangre preciosísima y murió en una cruz, pudiendo muy bien decirse, como dice el Salmista: *Et copiosa apud eum redemptio* (1). Y sus enseñanzas, cuales fueron? admirables y divinas. Nos enseñó con su palabra sapientísima, predicando una doctrina celestial y divina; pero antes, y siempre con sus obras, con sus ejemplos. Estos principian al nacer, en su cuna, en el pesebre, que le sirve de cátedra en la que, cuando todavía no habla, porque es niño tierno y recién nacido, con su pobreza, humildad, obediencia y mortificación nos enseña á ser humildes, mortificados, amantes de la pobreza y principalmente, á conformarnos con la voluntad de su eterno Padre, porque para cumplirla descendió del Cielo, encarnó en las purísimas entrañas de una Virgen, tomó la humana naturaleza vino á la tierra y apareció en carne mortal, haciéndose nuestro hermano.

Si en esto, si en cumplir la voluntad de su Padre le imitamos, le habremos imitado en todo, de la manera que al hombre es posible; seremos santos y perfectos. Y como nuestro deseo más ardiente, Venerables Hermanos y amados hijos, es que lo seais todos, nos proponemos hablaros en esta Carta Pastoral de la conformidad con la voluntad de Dios, porque si la teneis y alcanzais plenamente, lo habreis conseguido todo en orden á vuestra santificación, que es lo que más importa.

(1) Salmo cxxix.

Quiere Dios que seamos perfectos y esta debe ser nuestra más fervorosa y constante aspiración: ser perfectos. Y consistiendo la perfección, esencialmente considerada, en el amor á Dios, según aquellas palabras del Apóstol, *Charitas est vinculum perfectionis*, aquel será perfecto que ame á Dios, y el hombre será tanto más perfecto cuanto más y mejor ame á su Dios. Le debemos amar por ser quien es, bondad infinita, misericordia infinita; amor le debemos por los beneficios naturales y sobrenaturales que de su divina mano hemos recibido; le debemos amar por los bienes que amándole recibiremos, principalmente en la eterna, bienaventuranza de los justos. Y como aquellos aman á Dios que se conforman con la voluntad divina y tanto mayor es el amor cuanto lo es esa conformidad, sigue-se de aquí que consistiendo la perfección en el amor, aquel será perfecto que se conforme con la voluntad de Dios y más perfecto el que mejor se conforme con la voluntad divina. Debemos querer en todo lo que quiere Dios, del modo que lo quiere Dios y sólo porque Dios lo quiere. Si á esta altura llegamos en nuestra conformidad con la voluntad de Dios, lograremos una íntima y estrecha unión con Dios, seremos objeto de las complacencias divinas y Dios se recreará tanto en quien llegue á tan alto grado de perfección, que, si nosotros lo contempláramos bien, recordar podríamos y veríamos en él cumplido aquel sublime elogio que el Señor dirigió en otro tiempo al santo Rey David: *He hallado un hombre según mi corazón que hará todas mis voluntades.*

Y no se crea que hablamos de cosas imposibles y á las que el hombre nunca puede llegar. No se Nos ocultan las dificultades que habrán de ofrecerse en esos caminos que guian las almas á la perfección, hácia Dios y al Cielo; pero esas dificultades pueden vencerse y

con la gracia de Dios las vence el que de veras quiere entregarse á su Criador y cumplir su adorable y santísima voluntad. Busquemos á Dios, y no á nosotros mismos. A Dios es á quien hemos de procurar complacer y servir, porque Dios tiene derecho á nuestros servicios, á nuestro amor y á nuestra voluntad. Es nuestro Padre y debemos tener corazón de hijos, para con Dios, amándole con el entendimiento, con el corazón y con todas nuestras fuerzas. Con el entendimiento, elevando nuestros pensamientos á la contemplación de sus infinitas grandezas; con el corazón, siendo para Dios todos sus afectos; con todas nuestras fuerzas, buscando en todo su gracia y queriendo perder todas las cosas antes que ofenderle. No es buen hijo el que no ama á su padre; no le ama el que no le respeta y cumple sus ordenadas disposiciones; y como Dios es el mejor de todos los padres y todo lo ordena recta y sabiamente, no seremos buenos hijos suyos si no le amamos, y no le amaremos si no hacemos y queremos lo que Él quiere, si no unimos nuestra voluntad á la suya, si no acatamos y reverenciamos sus adorables, benditos y santos designios. Es también nuestro Criador, al que como criaturas suyas hemos de estar subordinados, porque de Él dependemos y hemos recibido cuanto somos y tenemos. Es nuestro Rey y Señor, y como súbditos y vasallos suyos hemos de estarle sujetos, que esta sumisión, lejos de envilecernos y degradarnos, nos honra y dignifica; es convenientísima por títulos sacratísimos y nos hace libres con la libertad verdadera, que se ejerce practicando el bien y apartándonos del pecado, que hace á los hombres esclavos con la más vergonzosa de las esclavitudes y miserias, porque los constituye bajo la tiranía é ignominioso yugo de Satanás. Digamos, pues, según nos encargó Jesucristo, en fervorosa oración y de tal manera que á las palabras correspondan las obras: Señor y Dios mio, *Hágase tu voluntad así en la*

tierra como en el Cielo. Así nos lo enseñaron nuestras cristianas madres, así debemos repetirlo y practicarle siempre, que el Señor, Padre amantísimo que está en los Cielos y llena con su inmensidad la tierra, escuchará nuestras plegarias si humildemente se las dirigimos, velando por nosotros con amorosa y solícita providencia.

## II

Son tan absurdas como erróneas, tan falsas como nocivas y perniciosas ciertas ideas modernas sustentadas por hombres antireligiosos y naturalistas, según las cuales Dios tiene su trono en los Cielos sin que para nada intervenga en las cosas de la tierra, olvidándose del hombre, á quien deja abandonado á su libre albedrío, para que haga cuanto le plazca, como si no hubiera Dios, como si no existiera un Ser supremo, cuya gloria cantan los Cielos y la tierra, que ha dictado leyes al universo y de un modo particular á la criatura racional. ¿Quién no vé la impiedad y perfidia de tales doctrinas, la falsedad de tan funesto y destructor sistema con el cual se niega la divina Providencia, dogma consolador y certísimo que infunde las más dulces y santas esperanzas?

Dios, que despues de haber fabricado este mundo tan lleno de maravillas, sacándolo de la nada, erió al hombre, colocándolo en ese gran palacio como Rey y Señor, aunque no con dominio absoluto, que está reservado al Criador, de quien dependen todos los seres, no puede olvidarse de su obra ni abandonarla. Cuida de todos los seres, desde el más alto Serafin hasta el más pequeño insecto, y atiende paternalmente á su conservación. Gobierna sabiamente todas y cada una de las criaturas y dicta leyes como supremo y universal legislador, pues si bien hay en la tierra muchos que gobiernan, de Dios han recibido el poder y la autori-

dad, por Dios gobiernan y reinan y á Dios tienen que estar sujetos y le deben sumisión y obediencia, porque es Rey de Reyes y Señor de los que gobiernan.

Y no puede haber para nosotros mayor dicha que la de estar sometidos al gobierno y voluntad de Dios. Es sapientísimo, y conoce lo que nos conviene, mientras que nosotros nos equivocamos muchas veces, juzgando provechoso y bueno lo que no lo es. Es omnipotente y tiene medios para darnos lo que en su altísima sabiduría conoce que ha de sernos útil y provechoso. Es infinitamente bueno, quiere nuestro bien y nos dá con entrañas y corazón de padre todo lo que nos conviene, derramando en abundancia sus bienes, de los que á nadie excluye, haciendo que á todos alumbre el sol y enviando para todos sus benéficas lluvias, aunque particularísimamente ama á los que le aman, á los justos y buenos.

No son estos motivos más que suficientes para que, confiando en la bondad de Dios, nos conformemos siempre, en todas las circunstancias de la vida, sean prósperas ó adversas, con la adorable y santísima voluntad de Dios, bendiciendo su providencia? ¡Ah! sí; confiemos en la providencia divina, que todo lo rige y gobierna, repitiendo con el Sábio: Tu providencia, ó Padre, desde el principio gobierna todas las cosas (1). Ciertamente; todas las cosas son gobernadas por Dios, porque todas son criaturas suyas; pero habiendo sido hechas para el servicio del hombre, constituido poco menor que los ángeles y adornado con tan bellas perfecciones, si ninguna, por insignificante que sea, pasa desapercibida ante Dios, sin cuyo consentimiento no cae una hoja del árbol ni un cabello de nuestra cabeza, mucho menos el hombre, formado á imagen y semejanza suya. Por eso dice el Señor: *Mirad las aves del Cielo y á los cuervos, que no siembran ni cogen, ni tienen graneros, y vuestro Padre celestial las sustenta: ¿por ventura*

(1) Sap. XIV, 3.

*no sois vosotros más estimados que ellas?* (1). Nos estima el Señor incomparablemente más, y si cuida de que á las aves que vuelan por los aires y á los peces del mar y á los animales de la tierra no les falte el necesario manjar, también, y con especialísima solicitud, vela porque nuestros cuerpos no carezcan de manjar que les alimente, y, sobre todo, cuida del alma, de nuestra alma inteligente y nobilísima, para que tenga alimentos apropiados, los espirituales, que son los más preciosos, los de la gracia, que nunca estimaremos bastante. Y dice también el Señor: «¿Por qué estais solícitos del vestido? considerad los lirios del campo, como crecen sin hilar ni trabajar. Digoos de verdad, que ni Salomón en toda su gloria estuvo vestido como uno de ellos. Pues si Dios viste de esta manera al heno del campo, que hoy es y mañana le echan en el fuego, cuanto más vestirá á vosotros, hombres de poca fé?» Condena el Señor la afanosa y desmedida solicitud, aunque no la ordenada y recta, por adquirir el sustento y proporcionarse el vestido, y así como del primero, también nos provee con amorosa solicitud del segundo, como lo hace con los demás vivientes conforme á su naturaleza, vistiendo á los peces de escamas, á las aves de plumas y á los otros animales de cueros y lanas. Atiende el Señor á que se vistán nuestros cuerpos y viste nuestras almas con la hermosa y blanca vestidura de la gracia, preciosísimo y celestial adorno que hemos de procurar lo conserven siempre, correspondiendo á los auxilios del Cielo que jamás nos faltarán. Avivemos, por tanto nuestra fé y confianza; seamos agradecidos á las bondades divinas; bendigamos las misericordias del Señor: tributémosle culto y adoración; bendíganle y entonen en su loor himnos de gloria todas las criaturas del Cielo y la tierra; santificado sea su nombre excelsísimo.

(1) Math. vi, 26.

III

Pero, siendo infinita la Providencia divina y tan grande y excelsa la bondad de nuestro Dios, ¿cómo se explican los trabajos que sufrimos y los males que padecemos? Hay que distinguir dos clases de males, el de culpa, ó sea el pecado, y los de pena, como son las enfermedades, pérdida de bienes temporales y otros. Si del primero, esto es, del pecado, se trata, este no viene de Dios, no lo hace Dios, que es la misma santidad, que ama la justicia y detesta la iniquidad, *Dilexisti justitiam, et odisti iniquitatem*, y como el sol no puede oscurecer, tampoco Dios quiere el pecado; este es obra del hombre que abusa de la libertad que Dios le dió para obrar el bien, del hombre que desprecia las gracias que el Señor le concede para evitar la culpa, del hombre que se deja vencer de sus bajos apetitos y pasiones, los cuales debía tener sujetos á la razón y esta á Dios; del hombre que voluntaria y neciamente, renunciando la herencia celestial, se aparta ¡insensato! de los caminos del bien para seguir los de la iniquidad, que conducen al infierno.

Si de los otros males, de los de pena, se trata, no hay dificultad en atribuirlos á Dios, en decir que Dios los envia, aunque tambien intervengan las causas segundas, y no se oponen ni á la justicia ni á la bondad ni á la santidad de Dios. Según palabra del Espíritu Santo, los bienes y los males, la vida y la muerte, la pobreza y las riquezas Dios las da: *Bona et mala, vita et mors, paupertas et honestas, a Deo sunt* (1). Esos que el hombre suele tener como males, porque rechaza el sufrimiento, real y verdaderamente, esceptuando el pecado, no lo son. Dios, como padre amorosísimo que es, se propone y quiere siempre nuestro bien y en bien pueden convertirse y debemos convertir las penas y calamidades temporales. Sirven para que acudamos á Dios

(1) Eccli. II



humilde y devotamente, para infundirnos un santo y saludable temor de Dios, para expiación de los pecados, que aun en este mundo son castigados; para que el hombre entre dentro de sí mismo, refrene sus pasiones, dome sus apetitos y esté vigilante para no pecar sino por amor á Dios, como debiera hacerlo, al menos por temor á incurrir en la divina indignación y sufrir el merecido castigo; sirven también, las aflicciones y penas de esta vida para que, sufriendolas con paciencia y resignación cristiana, se adquieran merecimientos para el Cielo.

De sufrir nadie está exento en el mundo; ni el príncipe, ni el sacerdote, ni el noble, ni el plebeyo, ni el rico, ni el pobre. Pero qué importan estos pasajeros tormentos si con ellos merecemos una corona para el Cielo? *O padecer ó morir*, decía la insigne española y esclarecida doctora Santa Teresa de Jesus. *Domine, pati et contemni pro te*, Señor, padecer y ser despreciado por Vós, respondió San Juan de la Cruz cuando el Señor, para galardonarle sus trabajos le preguntó qué merced quería. Y Santa Maria Magdalena de Pacis anhelaba tanto el sufrir, que pedía al Señor le conservase la vida solamente para continuar padeciendo por su amor. *Domine, pati et non mori*, Señor, padecer y no morir, era su fervorosa oración. Sin cruz no hemos de estar, porque no ha de ser mas el discípulo que el Maestro y la cruz es el camino para ir al Cielo. Todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo, dice el Apostol San Pablo, han de sufrir persecución. Pero, benditos trabajos, benditas persecuciones, benditas amarguras, con las que podemos labrarnos una corona celestial y eterna y esto en brevísimo tiempo, porque la vida es corta y las aflicciones pasan pronto. Qué es lo que importa? qué es lo que se necesita para que esos trabajos sean meritorios? Recibirlos como venidos de la mano de Dios, sufrirlo todo por Jesus, hacerle entrega de nuestro corazón, consagrarle nuestra voluntad, que es dón

mas grato y precioso que todos los tesoros de este mundo, tener santa resignación y paciencia cristiana. Discurren los hombres, emprenden viajes, gastan sus caudales para verse libres de sufrimientos y les asusta y extremece todo lo que sea dolor y llanto. Quisieran convertir el mundo en un paraiso y no piensan mas que en reír y gozar. Pero es inutil que se empeñen; no lo conseguirán; aunque sean poderosos y ricos, tendrán que sufrir. Quisieramos, dice San Francisco de Sales, tener siempre consuelos sin disgustos, bienes sin males, salud sin enfermedad, descanso sin trabajo y paz sin turbación. ¿Quién no ve en esto nuestra locura, pues queremos lo que no puede ser? Si á los que sufren les falta la paciencia, aumentarán su dolor y no tendran mérito. *La paciencia.*—dice el Apóstol.—*os es necesaria para que haciendo la voluntad de Dios, seais galardonados con el premio prometido.* Aún en la vida presente, el que sufre con paciencia las adversidades, experimenta consuelos, ya por la esperanza que tiene de obtener premio eterno en el Cielo, ya porque se los comunica interiormente Dios Nuestro Señor, que nunca nos abandona, y menos en la hora del sufrimiento, como la madre cariñosa que, amando tiernamente á todos sus hijos, principalmente se cuida del que padece y llora. Por tanto, quien quisiere alejar de su corazón todos los males, que sea paciente. *Non contristabit justum quidquid ei accideret* (1). El que desee atraer todos los bienes, que tenga paciencia. *Omne bonum patientia nobis suppeditat* (2). El que quiera aplicar medicina á sus dolencias, que sea paciente, porque es palabra de Cristo que *así como abundan en nosotros las aflicciones de Cristo, así también por Cristo abunda nuestra consolación* (3). ¿No vemos, por consiguiente, las excelencias y ventajas de la

(1) Prov. XII, 21.  
(2) S. Clemente de Alejandría.  
(3) II Cor. I, 5.

paciencia, de esa virtud sublime que, en expresión de S. Gregorio, es la raíz y custodia de todas las virtudes? Si, pues, nos visita la enfermedad ó sopla el viento de la tribulación; alegrémonos en el Señor, pensando en el bien futuro que hace amable el mal presente, y repetamos con el Apóstol S. Pablo: *Con gozo me glorio en mis enfermedades para que habite en mí la virtud de Cristo* (1).

#### IV

Y cómo lograremos la paciencia y santa conformidad, que tan necesaria nos es, con la voluntad de Dios? Nos ayudará mucho la consideración de la pena merecida por los pecados. Si meditamos bien la gravedad de estos y el castigo que merecen, no podremos menos de exclamar con S. Agustín: *Señor, quemad y cortad aquí, y no me perdoneis nada en esta vida, para que me perdoneis en la otra para siempre*. Debemos estar sobre nosotros para refrenar los primeros ímpetus que amenacen alterar el espíritu y turbar la paz del alma, para destruir todo aquello que pueda apartarnos de Cristo; para vencer y dominar las pasiones, á fin de conservarnos siempre vestidos del hombre nuevo, en la gracia y amistad de Dios. Sobre todo, nos ayudará el tener presentes los ejemplos de Jesucristo, Maestro y Redentor nuestro; ejemplos que con tanta abnegación y heroísmo siguieron los Santos y que también nosotros podemos y debemos imitar. Contemplémosle en el huerto de las olivas, el día antes de su muerte. Se le representan la traición de Judas, el prendimiento, las afrentas, los desprecios, los azotes, las espinas, los clavos, la muerte, la negación de un discípulo privilegiado, los dolores de su madre, la cruz en que ha de espirar, la ingratitud de muchos hombres; está en agonía, suda sangre.... y cuál es su oración? *Padre, si es posible, pase de*

(1) II Cor. IV, 10. *Et super omnia habundavit in infirmitate*.

*mi este caliz; pero no se haga lo que yo quiero, sino lo que Vos quereis.* El cuerpo naturalmente rehusaba la muerte; pero la voluntad estaba pronta, muy pronta, á beber el cáliz que su Padre le enviaba. Podemos nosotros exponer con fervorosa oración al Señor infinitamente misericordioso nuestras necesidades, aun temporales, para que las remedie si así nos conviene; pero nuestra voluntad debe estar siempre conforme con la de Dios; hemos de querer lo que quiera Dios, y hacer lo que Dios nos mande. ¿Nos viene algun trabajo? Pues en él como en la prosperidad hemos de alabar y bendecir al Señor exclamando desde el fondo de nuestra alma: *Sit nomen Domini benedictum.* Este es el lema de nuestro escudo episcopal; estas palabras debemos repetir las frecuentemente con nuestros labios, y, sobre todo, tenerlas profundamente gravadas en nuestros corazones. Cuando suframos penas y aflicciones acordémonos de que pronto pasarán, porque todo lo que es temporal puede decirse que es momentáneo. Cuando nos inunden consolaciones y alegrías conviene tambien que recordemos, para que en ellas no constituyamos nuestra felicidad verdadera, que este mundo es valle de lágrimas y que al gozo sucede aqui facilmente el dolor.

En todos los eventos y circunstancias, conformémonos incondicionalmente con la voluntad de Dios, que siempre quiere lo que nos conviene. Si esta conformidad existiera; si la tuviéramos todos práctica y generosamente, así el rico como el pobre, lo mismo el capitalista que el trabajador, el patrono como el obrero; si todos procurásemos inspirarnos en la voluntad de Dios, infinitamente misericordioso y sabio, y la cumpliésemos fielmente, se habrian resuelto á satisfacción de todos los arduos problemas sociales que actualmente tanto preocupan y que únicamente tienen solución en las sabias enseñanzas de la Iglesia Católica, maestra infalible de la verdad.

Esa conformidad de nuestra voluntad con la de

Dios exige que seamos fieles y correspondamos santamente á las inspiraciones divinas; que observemos fielmente los mandamientos del Señor y las leyes de la Iglesia; porque de otra manera, cómo podrá decirse que queremos lo que quiere Dios? ¿Cómo queremos lo que Dios quiere si no hacemos lo que Dios y su Iglesia nos mandan? Nuestras obras, y no solamente nuestra fé, nuestras obras darán testimonio de lo que somos, probarán si real y verdaderamente somos de Dios; si nuestro espíritu está unido al suyo y nuestra voluntad conforme con la suya. Hay que apartarse del mal y obrar el bien; hay que hacer obras buenas; hay que trabajar. Debemos ponernos en las manos de Dios, entregarnos á Dios, resignarnos completamente á su voluntad soberana; pero esta resignación, este ofrecimiento, esta generosa entrega no nos escusa y exime de trabajar; antes bien lo supone, porque el trabajo es ley general, ley que Dios impone, ley santa que todos debemos cumplir. Y más en esta época, que es de lucha, cuando los enemigos de la Iglesia se valen de todos los medios para combatirla, declarando al propio tiempo guerra á la sociedad; no debemos los católicos permanecer inactivos y ociosos; debemos trabajar con decisión y empeño, cada uno en su esfera y condición, pero todos bajo la obediencia al Vicario de Jesucristo y legítimos superiores; todos unidos en santa caridad para ejercitar con fruto la acción católica, hoy tan necesaria, por la gloria de Dios, el triunfo de la Iglesia y el bien de la sociedad.

A trabajar, pues, Venerables Hermanos y amados hijos, á trabajar, preparándonos antes con fervorosa oración; á trabajar por nuestra santificación y la de nuestros hermanos, que no hemos de tener mayor consuelo en esta vida y será así como alcancemos la celestial corona. Tomemos parte en las obras de celo y propaganda católica, en las asociaciones, muy particularmente en las catequísticas, en la enseñanza de la doc-

trina cristiana. Favorezcamos la buena prensa, huyendo del periódico impío y anticlerical, que es como si digéramos anticatólico, como procuramos preservarnos de la planta venenosa que causa la muerte. Postrados reverentemente delante de Dios, repitamos con el Apóstol S. Pablo: *Domine, quid me vis facere?* (1) Señor, que quereis que haga? El Padre de familias, Dios nuestro Señor, nos invita á todos, á sacerdotes y fieles, á trabajar en su viña. Que no pueda decirnos aquellas palabras de la parábola: *Què haceis aquí todo el día ociosos?* No podríamos contestar, *porque ninguno nos ha llamado al jornal.* Nos llama Jesucristo desde el Cielo: oigámosle. Nos guía el ángel de nuestra guarda; sigámosle. Nos enseña el Romano Pontífice, ayer León XIII, antes Pío IX, hoy Pío X: Obedezcámosle y trabajemos para restaurar en lo que de nosotros dependa todas las cosas en Cristo, como quiere el glorioso Pontífice reinante.

Si así lo haceis, como esperamos y pedimos al Cielo, vuestro premio será la eterna bienaventuranza que de todo corazón os deseamos, bendiciéndoos en el nombre del Padre † y del Hijo † y del Espíritu † Santo. Amén.

Dada en nuestro Palacio episcopal de El Burgo de Osma, firmada de nuestra mano y refrendada por nuestro Secretario de Cámara y Gobierno á veintisiete de Noviembre de mil novecientos cinco.

† JOSÉ MARÍA, Obispo de Osma.

Bor mandado de S. Sria. Ilma. y Rvma.

el Obispo, mi Señor,

DR. MANUEL MARÍA VIDAL,

Arceidiano Srio.

*Dése lectura de esta Pastoral en la forma acostumbrada, en uno ó más días festivos.*

(1) Act. IX.



SAGRADA CONGREGACIÓN DEL CONCILIO

La limosna de la Misa en las iglesias de regulares debe ser tasada por el Ordinario, según la costumbre de la región.

ORD. MIN. CONVENTUALIUM

*Beatissime Pater:*

Fr. Vincentius Buri, Guardianus Conventus Pyrrhani, in dioecessi Tergestino-Iustinopolitana, regularis Provinciae Dalmato-Patavinae, Ordinis Minorum S. Francisci Conventualium, ad pedes Sanctitatis Vestrae provolutus, quae sequuntur exponit. Saepe ad dictum Conventum veniunt vellici afferentes, sive paupertatis sive parsimoniae causa, S. Missas cum eleemosyna tamen minori quam ea quae in dioecesi viget. Dictas Missas Religiosi huius Conventus semper recipiebant easque aliis sacerdotibus indigentibus ac libenter accipientibus celebrandas fideliter committebant. Ast anno elapso 1904, Rmus. Ordinarius Tergestinus Decretum edidit prohibens, ne sacerdotes Missas cum eleemosyna inferiori dioecesana statuta a dioecesanis reciperent.

Stante hoc Rmi. Ordinarii Decreto, Orator ad securitatem propriae conscientiae et ne dicti offerentes ab Ecclesia eorundem Religiosorum averterentur, humiliter proponit sequens solvendum dubium: «Utrum dicti Religiosi possint, prout hucusque erant in usu, non obstante supradicto Decreto Rmi. Ordinarii, eleemosynas pro Missis inferiores taxa dioecesana recipere, easque aliis sacerdotibus indigentibus et bene sibi notis extra tamen dioecesim, celebrandas committere. «Et Deus, etc.»

Et Sacra Congregatio omnibus perpensis, ad propositum dubium respondendum censuit:

*Dentur resolutiones in una Sancti Severini, die 16 Iulii 1689, et in una Romana, die 15 Ianuarii 1639.*

Tenor vero harum resolutionum ita se habet:

*Sancti Severini.*—Sacerdotes quotidie se offerunt celebrare ad rationem tenuis eleemosynae dimidii Iulii pro qualibet Missa; (Episcopus,) supplicat declarari, an ipse statuere possit eleemosynam manuales unius integri Iulii pro qualibet Missa, imponendo poenam celebrantibus pro minori quantitate.

R. *Affirmative* quoad eleemosynam manuales.

*Romana.*—Eleemosynam pro qualibet Missa per Regulares celebranda in eorum Ecclesiis esse taxandam arbitrio Ordinarii iuxta morem regionis.

Atque ita rescripsit.—Die 8 Maii 1905.—VINCENTIUS, Cardinal. Episc. Praenestin., Praef.—† L. S.—C, DE LAI, Secret.

## ANUNCIO DE LA EPACTA PARA 1906.

Está de venta al precio de ochenta y cinco céntimos de peseta en rústica y a de una peseta y diez céntimos en pasta en los puntos siguientes:

Burgo de Osma, en casa del autor. Aranda de Duero, Roa, Huerta de Rey y Gómara en casa de los respectivos Sres. Curas Párrocos. En Soria en casa del Presbítero D. Cesáreo Huerta.

Regino Ortega.

## Anuncio de Bendición Papal

En virtud de las facultades Apostólicas conferidas á Nuestro Ilmo. y Rvmo. Prelado, al ser promovido á esta Silla Episcopal, S. Sria. Ilma. y Rvma. ha dispuesto dar solemnemente al pueblo la bendición Papal en nombre del Romano Pontífice el día 8 fiesta de la Purísima Concepción, y conceder *indulgencia plenaria* y remisión de todos los pecados á los fieles de uno y otro sexo que, verdaderamente arrepentidos y habiéndose confesado y recibido la Sagrada Comunión, se hallaren presentes en la Santa Iglesia Catedral al terminarse la Misa pontifical que, con el auxilio de Dios, se celebrará el expresado día.

Lo que de orden de Su Sria. Ilma. y Rvma. se hace saber á sus amados diocesanos, encargando al Sr. Cura párroco de esta Villa y á los de los pueblos inmediatos, que lo anuncien y comuniquen á sus respectivos feligreses, á fin de que puedan aprovecharse de esta gracia singular.

Burgo de Osma 27 de Noviembre de 1905.—

DR. MANUEL MARÍA VIDAL, *Arceidiano Secretario.*

---

### SUMARIO.

Pastoral del Rvmo. Prelado acerca de la conformidad con la voluntad de Dios.—Respuesta de la S. C. del C. sobre estipendios de Misas en Conventos de Regulares.—Anuncio de la nueva Epacta.—Bendición papal el día de la Purísima.